



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. XXI.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 8 de Diciembre de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, libreria de la Aurora, Navas, 24.

SUMARIO.

La coqueteria, por D.^a Joaquina Balmaseda.—**¡Solo un Dios y solo un culto!** novela de costumbres, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**El amor de los amores**, poesía.—**Un presentimiento**, novela.—**Sola en el mundo**, novela, por D. I. A. Bermejo.—**Variedades**

LA COQUETERÍA.

Hay un defecto comun á la mayor parte de las mujeres, que ejerce una triste influencia en su porvenir, que pesa como una fatalidad sobre los seres que la rodean, que le arrebatara las más caras afecciones, y que principiando por lisonjear su vanidad, termina por amargar la última mitad de su existencia.

Este defecto es la coquetería, del que apenas son responsables las mismas mujeres que de él hacen gala.

La coquetería, suele ser considerada como uno de los encantos de la mujer, y por eso muchas escuchan con placer tal calificación de sus gracias, y otras lamentan no verse acusadas de ese defecto que conside-

ran en primer lugar inocente, y en segundo de buen tono. Su error se funda en la falsa interpretacion que se dá á esta palabra.

Si la mujer que celebra con satisfactoria sonrisa verse acusada de coqueta, reflexionara la verdadera significacion de esta frase, de seguro que no sonaría tan bien á su oído; pero desde su niñez se prodiga como una galantería, se la presenta como medio de realzar su belleza, su elegancia ó sus maneras, y como esto por desgacia lo consigue, estudia y practica la coquetería, no solo como una necesidad, sino como un deber. ¡Nunca es más peligrosa la mentira que cuando encierra un átomo de verdad!

El deseo de agradar es legítimo en la mujer, pero un fatal error confunde este inocente deseo con la coquetería; la aspiracion de hacerse agradable y querida de las personas que la rodean es un sentimiento natural y noble en el corazón de la mujer; la coquetería la arrastra al extremo contrario, inspirándola un afán desmedido de homenajes y lisonjas, que no se satisface sino oscureciendo á todas las mujeres, deseo ir-

realizable, pero que acaba por hacerla odiosa una vez conocido.

La mujer coqueta no puede abrigar ninguno de los sentimientos que son honor de su sexo, consuelo de sus pesares. Joven, abandona el cuidado de sus padres á manos extrañas y se priva de sus caricias; esposa, desdeña los afanes domésticos y acaba por perder el cariño de su marido; y madre, desconoce todas las dulzuras de la maternidad, alejando de su lado á sus hijos, cuyas impertinencias no gusta sufrir cuando son niños, viéndolos crecer con secreto pesar, porque cada uno de sus años es un testigo irrecusable contra su juventud y sus encantos.

La que de este modo sacrifica á la sociedad el cariño de la familia y las más puras afecciones del hogar, pasa la vida recibiendo rudos desengaños por sus aspiraciones insensatas, huyendo de todos los sitios donde una numerosa falange no rodee su débil trono, alimentando odios contra todas aquellas que considera sus rivales, y haciéndose por fin víctima de su propia vanidad.

La elegancia de la mujer suele confundirse con la coquetería, cuando son dos cosas enteramente distintas; la mujer que trata de parecer bien para agradar á las personas que las rodean, es digna de alabanza porque nada exige de los extraños, ni aspira mas que merecer el cariño de los que ama; la coqueta, por el contrario, busca homenajes por el solo placer de recibirlos, desdeña los de ayer por los de hoy, lo atropella todo con tal de excitar la admiración, y no se detiene en tan peligrosa pendiente hasta estrellarse en el muro de la vejez.

Entonces comienza la expiación; ¡Entonces echa de menos los lazos de la familia y de la amistad que no ha sabido crearse! Cuando la lucha es imposible, cuando los años van secando las flores de su juventud y de su belleza, echa de menos el verdadero afecto que no ha sabido inspirar, lamenta los deberes que no ha querido cumplir y que hubieran sido el escudo de su juventud y el consuelo de su edad madura y de su vejez, que constituyen el más largo período de la vida!

Al último año de la juventud de una coqueta, acompaña el primero de su castigo; las personas frívolas se alejan del ídolo caído, las sensatas no rodearon nunca á la que ostenta todos los defectos de que es susceptible su sexo y ninguna de sus bellas cualidades, y por fin, despues de su amor pro-

pio herido, viene la envidia, y cuando no pueda brillar por sí, procura empañar el brillo de las otras.

Este retrato es de un admirable parecido! La coquetería es una planta venenosa que mata cuanto toca; es semejante á esas máquinas mortíferas que en la rapidez de su acción arrastran al ser que se les acerca, para arrojarle destrozado!

Dios ha dotado á la mujer de sentimientos dulces, la ha hecho susceptible de tiernos afectos que cimentan su felicidad, labrando la de los otros, y aun en el caso de someterlo á pruebas violentas la ha dado el sentimiento de la resignación, que hace llevar las aflicciones de la vida!

Huid de la coquetería, lectoras mías. Si creéis que ella lisonjea el amor propio, os engañáis. ¿Hay nada más humillante que comprar á precio de tantas mentiras y falsedades homenajes y atenciones que otras obtienen sin buscarlos? ¡Dichosas las que sabéis buscar el verdadero secreto de la dicha! Las que vivís consagradas á cimentar el afecto de vuestros padres, de vuestros hijos y de aquellos amigos que lo son de toda la vida! La coquetería es semejante á la tierra arenosa que todo lo absorbe y nada produce, y en la que no echan raíces los sentimientos de ternura, que labrando la felicidad de cuantos la rodean, constituyen la de la mujer.

Joaquina Balmaseda.

¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuación.)

XII.

Muy débil por la sangre que habia perdido y muy estropeado á causa de su caída, se hallaba D. Martín en su lecho, sonriendo sin embargo á la pobre Elena, que presa de la mayor inquietud se encontraba á su lado pálida y llorosa.

La joven no estaba sola en aquel sitio, á donde el cariño y el deber la ordenaban velar, pues Fanni también se encontraba con ella.

La hija del banquero poseía un noble corazón, un alma apasionada y digna, y afectada por la desgracia de que involuntariamente habia sido causa, queria remediarla en cuanto estuviese en su mano, y consolar á los que habian sido víctimas de ella.

Por otra parte, desde el día que su mirada se cruzó con la de Elena, cuando la vió por primera vez, habia sentido hacia ella una ir-

resistible simpatía, que la hacia desear la amistad y frecuentar el trato de aquella niña tan hermosa y tan modesta.

Fanni habia pasado su vida sin expansion, sin amigas. Instalada en un colegio desde sus primeros años, se habia visto rodeada de esa circunspeccion, de esa frialdad ceremoniosa que distingue la educacion inglesa, ella cuyo carácter era todo sentimiento y animacion.

Sin madre, sin hermanos, solo habia gozado del amor infinito é inmenso que le profesaba su padre; pero Héctor era de un carácter grave, taciturno y poco expansivo, y por otra parte los negocios le absorbían de tal modo, que á pesar de rodear á su hija de lujo, de criados, de comodidades, rara vez pasaba una hora entera á su lado, ni jamás Fanni habia escuchado de sus labios esas lecciones del alma que solo un padre tierno ó una madre amorosa pueden dar.

Los mejores maestros habian cultivado su inteligencia. Los profesores más afamados se habian reunido en torno de ella para prodigarla sus lecciones; pero ¡ay! la ciencia del sentimiento de nadie habia podido aprenderla!

Además, la religion protestante, que era la que á la pobre niña le habían enseñado á profesar, esa religion que á la caridad la sustituye con la filantropía, á la humildad con la circunspeccion; esa religion que no tiene por maestros al dulce y amante Bernardo, á la inspirada y enamorada Teresa de Jesus, al indulgente y sabio Francisco de Sales, y al bondadoso y puro Tomás de Villanueva, no podia en manera alguna llenar el espíritu elevado de Fanni, ni ocupar por completo su corazon, formado para amar y sentir, para esperar y creer siempre.

La niña, pues, viviendo sola en compañía de su aya y de su doncella, á quien amaba pero á quien no podia manifestar libremente sus aspiraciones y sus delirios, ansiaba encontrar un alma con quien partir sus ilusiones, su cariño y sus dorados ensueños; una amiga á quien ligar á su existencia; una hermana en quien depositar esos sentimientos primeros que agitan el pecho y llenan la mente cuando empiezan á poner el pié en el dintel de la existencia.

Ávida, pues, de afecto, de simpatía y de expansion vió á Elena, y deseando inspirarla el mismo anhelo que experimentaba, solo deseó una ocasion de acercarse á ella y de ofrecerle su amistad.

Esta ocasion acababa de ofrecérsela la casualidad, y Fanni la aprovechó, constituyéndose en la casa de Elena para consolarla y acompañarla.

Esta, que á pesar de sus celos y de las lágrimas que habia vertido por su causa, no podia aborrecer á Fanni; aceptó, obligada por las circunstancias, su compañía, y las dulces palabras de consuelo y esperanza que la jóven la prodigó.

Unidas, pues, se encontraban, cuando D. Martin, un poco más tranquilo, las rogó dulcemente que le dejaran solo pues sentia necesidad de reposo.

El médico habia prescrito el sosiego como el remedio más eficaz para el enfermo, y Ele-

na tuvo que conformarse con la peticion de su abuelo, aunque experimentando, sin saber por qué, un vago temor de encontrarse á solas con Fanni.

—Puedes estar tranquila, hija mia, murmuró D. Martin; me siento bien en este instante. Por otra parte, esa jóven es muy amable y debes dedicarla algunos momentos.

—Sí... tiene V. razon; pero....

—Nada, nada, anda con ella; ha hecho venir á su médico, no ha querido volver á su casa hasta dejarme casi bien, y todo esto merece alguna gratitud de tu parte. Atiéndela, Elena mia, y paga de este modo su interés.

La jóven inclinó la frente, corrió las cortinas del lecho, y se dirigió con Fanni á su pequeño salon.

La hija del banquero habia despedido á sus criados, y por consiguiente las dos jóvenes quedaron solas.

EL AMOR DE LOS AMORES.

Espíritus de amor, dadme conceptos de celeste ternura,
dulces como los mágicos acentos
del arpa suspendida en la espesura.

Tan gratos como son en el estío
al segador cansado,
las brisas que humedecen en el rio
su aliento perfumado:

Tan puros y sencillos cual la fuente
que nace y muere en solitario suelo,
como el alma del ángel inocente
que blanda sube de la tierra al cielo.

¡Y vosotras las almas que alentais
de amor sublime y santo,
oid, oid, que relataros quiero
una historia de amor llena de encanto.
Hermosa cual la estrella vespertina,
tierna como el acento lastimero
del ruiñón herido; más grata y peregrina....
Pero voy á empezar, prestadme oído:

Hubo en remota orilla
una jóven princesa,
cual sus padres pagana, mas tan pura,
tan rica de belleza y donosura,
como tierna y gentil, casta y sencilla.

Una mañana al despuntar la aurora
de sus jardines las amenas calles
á solas paseaba:

risueña, encantadora,
sobre las frescas flores se inclinaba,
sus perfumes gozaba,
y al ver titiladora

la gota de purísimo rocío
que entre llanto de amor que el cielo envía
baja un instante al suelo,
le toca, le abriga y torna al cielo,
suspírala y decía:

«¿Quién con belleza tanta
armonizó sus hojas, sus colores
y el perfume les dió que nos encanta?
¿Quién hizo cuanto en torno nos rodea
y que á nosotros imitar no es dado?

Esta luz, este ambiente que recrea,
esas franjas de azul, ópalo y grana

que luego que el oriente han matizado
van cediéndole el paso á la mañana?

A esos cristales del undoso río,
á esa brisa, á estas flores,
¿quién aliento les dió, vida y colores?
¿con cuánto anhelo conocerle ansío!
A él solo quiero amar desde este instante;
él solo llenará todo el vacío
que hasta hoy sintió mi corazón amante.

Mi rango, mi riqueza
gustosa dejaré por sus amores;
si es preciso también ¡ay! mi belleza:
¿en dónde, en dónde está, decidme, flores?

Era la noche, en su lujosa estancia
sobre rico diván, el cuerpo leve,
y el rostro dulce y bello,
los negros rizos sobre el albo cuello,
soñando que aspiraba la fragancia
de la floresta umbrosa
que con las galas del Abril se engríe,
la princesa gentil blanda reposa,
la princesa durmiendo se sonríe.
De pronto creyó oír entre su sueño
una voz persuasiva y amorosa
que al lejos le llamaba,
que con amante empeño
«Despiértate, despierta, murmuraba,
»tú la más casta, cándida y hermosa
»que su amor me ofreciera;
»si es tanto el que me tienes,
»cuando mi amor te espera
»¿por qué no oyes mi voz, por qué no vienes?»

Levantóse la joven presurosa
y al dulce imán del cariñoso acento
á los jardines se lanzó lijera;
entre las flores reposaba el viento,
la luna en la mitad de su carrera
llenaba con su brillo plateado
los campos, el palacio, los jardines,
todo en blando silencio sepultado.

A su luz avanzaba la doncella,
cuando en un bosquecillo de jazmines,
de sonrisa bañada la faz bella,
de majestad radiante y de hermosura,
como jamás pasara por su mente
que haber pudiera terrenal criatura,
á un mancebo encontró que así la dijo:
«Esta mañana á las sencillas flores
»preguntabas por mí; yo que te oía
»en tu inocencia con afán prolijo
»ofrecerme tu amor por mis amores,
»tu candor contemplando y tu pureza
»por esposa te elijo,
»más todo acaba á dó mi amor empieza.

«Yo tu esposo seré; tú, esposa mía;
»mas padres dejarás, pompa y riqueza:
»grande es mi reino, y aunque está lejano,
»la dicha aguarda á quien en él confía:
»si me quieres seguir, esta es mi mano.»

Y su mano aceptando la princesa
los jardines dejó, por él guiada,
feliz con su cariño,
y tan segura en él y confiada
como en el de su madre el tierno niño.

Llevada por el joven misterioso
la ciudad dejó atrás, arados y montes
el llano polvoroso,

las campiñas de inmensos horizontes,
el pueblo extraño, el anchuroso río,
y tras el bosque enmarañado, umbrío,
la estéril playa de peñascos llena
que espumoso y sonante el mar bravío
continuo asalta y el espacio atruena.

La princesa en su marcha se rendía,
la princesa al mancebo le decía:

«Mi espíritu desmaya
»¿á dónde, á dónde vamos
»por esta triste y borrasca playa?»

Y él su mano estrechando con su mano
con dulcísimo acento respondía:

«mi reino está lejano,
»si te quieres volver...!» y ella seguía
con veloz y callado movimiento,
cual nave que despliega el tosco lino,
é impele sobre el mar próspero viento,
ó cual leve vellón de blanca nieve
que empuja el torbellino

y siempre huyendo por el Éter sube.
Y entre tanto refréscase el ambiente,
aclárase el azul del firmamento.
las estrellas se apagan lentamente,
dilata su aureola

el sol, que va á nacer por el Oriente,
el aire, de alba luz se tornasola,
las flores en sus tallos se levantan,
destácanse las formas de la tierra,
las aves trinan, los zagales cantan,
y el sol que nace en fin, dora la tierra.

Y ellos siguen y siguen avanzando,
cual si un ser misterioso los llevara
que selvas y montañas allanando
con secreto poder los impulsara.

La princesa en su marcha se rendía,
la princesa al mancebo repetía,

«La tarde se avecina
»tu reino está lejano, amado mío,
»mi ser es débil, reposar ansío.»

Y él su mano estrechando con su mano
con tristísimo acento respondía:

«mi reino está lejano;
»tus palacios, tus padres, tus grandezas
»puedes hallar á una palabra mía;
»si te quieres volver...!» y ella seguía,

Y seguían los dos, como si ignoto
poder los condujera,

y á sus ojos pasando en su carrera
como en alas del Noto
las leves hojas del otoño triste,
las ciudades, las selvas y los llanos
cual pasa por la mente que delira
el confuso tropel de sueños vanos.

Y luego cual se mira
nevado cisne sobre oscura alfombra,
punto argentado apareció á lo lejos
de risueña floresta entre la sombra,
y del poniente sol á los reflejos,
y creciendo y creciendo
á cada paso que en su ruta avanza
la princesa le mira en lontananza,
ir grandioso surgiendo
de la espesura que le ciñe en torno,
como surgir parece de los mares
la nave, que lejana
sin forma ni contorno
va apareciendo entre la espuma cana.

Y llegaron á él, y era un grandioso é imponente edificio, del valle alzado entre el ramaje oscuro; severo, magestuoso, de opaco tinte y elevado muro, Marmórea gradería de brillante blancura, desde el césped llevaba hasta la puerta que, aunque régia y magnífica, ofrecía pequeña entrada en el costado abierta.

Sobre el mármol sentóse fatigada fijando en el mancebo á quien seguía la princesa gentil, dulce mirada. Entonces él con cariñoso acento «Aquí, le dijo, sin temor aguarda siempre clavado en mí tu pensamiento.»

Y más veloz que la tiniebla parda el disco envuelve de la casta luna, el mancebo á sus ojos se perdiera. Y ella aterrada «¿Sin razon alguna por qué me dejas?» con afan decia; y una voz á su espalda, «Ama y espera,» grata y consoladora respondia.

(Se concluirá.)

UN PRESENTIMIENTO.

(CONCLUSION.)

—Lo que debia pasar, respondió el médico. Fué preciso llevarle á V. en brazos á su casa, y ya puede V. calcular qué agradable sorpresa tendria esta pobre señora, que poco antes le habia visto á V. partir bueno y sano. Al dia siguiente me hallaba yo sentado como ahora á la cabecera de su cama de V., y si he de hablar francamente, creia que no habia remedio. V. no sabe, amigo mio, lo que es el vino de Jerez; es la meningitis en botella. Al otro dia tenia V. una fiebre devoradora, y el más soberano delirio que ha trastornado jamás el cerebro de hombre alguno. ¡Santos cielos, cómo estaba V! ¡Qué imaginacion! ¡Qué galope tan desenfrenado por los campos de la fantasia! ¿No se acuerda V. de los hermosos delirios que nos prodigó en aquellos dias?

—¡Oh! ¡espantosos, doctor! exclamó Federico ocultando el rostro entre las manos.

—Sí, hijo mio, dijo el doctor; sí, sueños y delirios espantosos. Pero mire V. á este niño, añadió señalando á Carlos, ¿tiene trazas de haber recibido un tiro en el pecho? ¿Y esa mujer tan buena y virtuosa, le causa á V. ya el efecto de querer entregar su cuello al verdugo?

La figura de Federico se habia iluminado como por encanto. Las fantasmas que le asediaban hacia cuatro años acababan de desvanecerse, llevándose consigo el espectro sangriento de la realidad. Abrió los brazos á su mujer y á su hijo, y reuniendo á los dos en un mismo abrazo los inundó de lágrimas y de besos.

Entre tanto llegué yo. Acababa de echarme abajo las barbas que habia dejado crecer durante mi viaje, y que todavia la víspera me daban el aspecto de un bandido italiano. Unos

cuantos golpes de navaja habian bastado para rejuvenecerme en cuatro años. Estaba vestido como el dia en que Federico comió en mi casa. Al verme tuvo un momento de vacilacion y de duda. Yo fingí no notarlo y le felicité por su curacion, embromándole á más y mejor sobre los viajes que habíamos hecho juntos á tan poca costa.

—Decididamente, añadí, creia que tu cabeza era más fuerte. Cuando vengas á comer á mi casa, juro que no beberás más que agua.

Dicho esto abracé á Carlos, á quien ya habia acariciado por la mañana y me trataba como si fuera un conocido antiguo.

—¿Conoces á este caballero? le preguntó Federico.

—Es el buen amigo de papá, respondió el niño que no habia olvidado su leccion.

Así es como Carlos me llamaba en otro tiempo. La madre, á quien habia hecho temblar la pregunta dirigida al niño, retuvo con trabajo un movimiento de alegría que pudo delatarla: corrió á él y le besó.

—Vamos, vamos, dijo el doctor, basta de emociones. El señor conde necesita descansar. Háganme Vds. el favor de dejar á mi enfermo en paz.

Diciendo así nos llevó afuera y exclamó:

—¡Se ha salvado! ¡se ha salvado!

Y todos nos abrazamos llorando.

—Mamá, preguntó el niño que tiraba á la condesa del vestido, ¿lo he dicho como querias?

—¿Sí, querido tesoro perdido y recobrado, sí, querido ángel volado que me ha devuelto el cielo! exclamó la condesa levantándolo en sus brazos.

VIII.

Federico se habia salvado efectivamente. Al cabo de un mes escaso habia vuelto á los hábitos de su vida venturosa. Cuantos le rodeaban, amigos, criados y conocidos, se prestaban gustosos á la astucia inocente que acababa de volverle á la razon. Sostener y prolongar su error era nuestro estudio constante y nuestra única preocupacion. El mismo Carlos, gracias á la vigilancia de su madre y gracias tambien á no sé qué maravilloso instinto, parecia dedicarse á reproducir todos los gestos, todas las inflexiones de voz, todas las locuciones familiares que podian engañar la ternura del convaleciente. Cuatro años de luto y de viudez habian dejado huellas profundas en el rostro de la condesa; el mismo Federico estaba tan cambiado que no pensaba en admirarse, y por otra parte, la palidez de su esposa, sus facciones marchitas y sus ojos abrasados por las lágrimas, se explicaban por las noches de insomnio que habia pasado á la cabecera de su marido.

Sin embargo, á medida que recobraba las fuerzas y la salud de la juventud, rugia en el fondo de su destino un rumor sordo, y ya el vago sentimiento de la realidad, que nos persigue en medio de los sueños, comenzaba á deslizarse bajo la ilusion que le mecía. A pesar de nuestros cuidados, luces repentinas

alumbraban la noche del abismo donde se habían sepultado cuatro años de espanto y de desesperación; inclinado sobre el borde de la sima clavaba allí una mirada atónita, y se preguntaba si con efecto eran la fiebre y el delirio los que habían engendrado todos los monstruos que la habitaban.

Algunas semanas hacia que manifestaba el deseo de venir á verme, y tuvimos que imaginar mil proyectos para separarle de semejante idea. Una mañana salió solo y se dirigió á mi casita de campo, y al llegar al terrado se detuvo allí en el sitio fatal y no siguió adelante.

Desde aquel día su carácter, poco antes tan cariñoso y tratable, se hizo desigual y casi duro. Tenía horas de lúgubre melancolía que nada podía distraer, horas terribles en que la presencia de Carlos le irritaba. Sorprendiase algunas veces observándole con ojo desconfiado, y á veces también le contemplaba con felicidad; pero en esa misma felicidad, para los que eran testigos de ella, había un lado doloroso, casi tan terrible como la locura. Temíamos sus momentos de despejo y lucidez, y su ceguedad nos embriagaba. Conocíamos que su curación no sería completa sino cuando pudiera sostener sin debilitarse el siniestro brillo de la verdad; pero el doctor pensaba que era preciso esperar; y ¿qué mano se atrevería á arrancar la venda que cubría sus ojos?

El conde acabó por observar que su mujer salía todas las tardes, algunas veces sola, y frecuentemente con Carlos sin decir jamás á donde iba.

Una tarde que salieron los dos trató de seguirlos Federico, sin que ellos se apercibieran, y después de una hora de marcha por la falda de una colina, los perdió de vista al volver el sendero. Cuando él mismo llegó á la cumbre del ribazo los buscó inútilmente con la vista, y resuelto á esperarlos se sentó sobre el muro de un cercado muy bajo entapizado de musgo y de yedra. Al cabo de algunos instantes, observó que aquel muro servía de cerca al cementerio del pueblecito inmediato. Saltó dentro del cercado y caminando á pasos lentos se puso á mirar uno á uno los sepulcros rústicos, casi todos escondidos bajo las flores y verdura. Iba á retirarse, cuando en el ángulo del campo fúnebre descubrió medio oculto por las matas de madreselva y de los rosales, una lápida de mármol, coronada por una cruz, que en aquel instante herían los últimos rayos del sol. Se aproximó y leyó esta inscripción:

*Carlos,
hijo de los condes de Verde-Soto,
muerto el 2 de setiembre de 1840
á la edad de tres años y tres meses.*

¡Ruega por tu padre, oh mi querido hijo!

IX.

Federico lo comprendió todo.

Cayó de rodillas y permaneció largo tiempo con la frente hundida en el polvo.

Cuando levantó la cabeza la condesa del

Verde-Soto y su hijo estaban delante de él, semejantes á dos ángeles de la guarda.

—Dios nos le ha devuelto, amigo mío, dijo aquella, empujando á Carlos hacía los brazos de su padre.

—¡Dios es bueno! respondió Federico.

Y estrechó al niño contra su corazón.

Hoy, añadió Enrique terminando su interesante historia, Federico cree en la Providencia.

SOLA EN EL MUNDO.

La virtud no es más que una
belleza interior.

(Bacon.)

I.

Huérfana, sin patrocinio de ninguna especie y sujeta á las pasiones del mundo, no tiene un ser protector que acaricie su desventura, ni un benéfico Mentor que le revele los infinitos escollos que encontramos á cada paso en el tortuoso sendero de la vida. ¿Qué es la vida sin padres? ¿qué es la existencia sin un pariente á quien volver la cara en ocasiones de apuros? ¿A quién pedirá un consejo? Pobre niña, tu mayor desgracia es habernacido hermosa. El destino ha querido poner á prueba tu virtud dejándote aislada en esta jaula de locos, á la cual llamamos mundo. ¿Cuáles son los guardianes que han de defenderte de las insensatas tentativas del vicio y de la corrupción? La virtud, el pudor.... ¡Débiles centinelas de tu honor. No mantendrán mucho tiempo la palma de la victoria.—No te envanezcas con el triunfo de tu independencia, mientras tengas en tu seno un corazón que se insubordina á menudo contra la razón, y que para el logro de su designio sabrá esclavizarte con las armas de tu inexperiencia.

Miradla, lectoras mías; sale del cementerio donde yacen los restos mortales de sus padres; los despojos de los únicos seres que velaban su vida, y que la dejan á su pesar en el más triste abandono. Ha depositado un ruego y una lágrima sobre la tumba de su madre, y un suspiro y una plegaria sobre la de su padre; y sale de la residencia mortuoria con la melancolía en su semblante, y en su alma la amargura de su eterna soledad... Sin embargo, alivia su dolor una dulce compañera; la tranquilidad del justo; no hay un remordimiento que acibare su existencia, ni un recuerdo amargo que turbe su conciencia.

Pobre Elena, ¿cuál será tu porvenir? ¡Qué hermosa estás ahora á los ojos de Dios! Tu mayor atractivo es la virtud pudorosa que te embellece con los resplandores de su aureola. Si yo, pobre poeta, te hubiera encontrado en el camino de la vida, te hubiera dado un consejo; te hubiera dicho: «Elena, no abandones la virtud, que será una benéfica compañera que te llevará hasta Dios; tus acciones, tus pensamientos, tus movimientos, todo lo tienes ahora

bajo el dominio de la virtud. Obedece á la virtud, reconoce su divina belleza, sus inviolabilidad, y su legitimidad; para conocerla, para amarla, para practicarla, se necesitan facultades absolutas, una inteligencia ilimitada, una libertad absoluta y una accion poderosa. La humana razon es limitada, su libertad es limitada; pero todas estas facultades las tenemos para estudiar y para buscar la virtud.... La virtud es la gran tarea del hombre, su destino, su vida íntima.

»Conocer la virtud y su divina belleza y amarla, no es empresa que debe dejarnos completamente satisfechos; se necesita además practicarla.... Pero ¿quién deja la virtud amándola? quien la abandona no la quiere, y el que la conoce la practica. Si amas á Dios, amas á la virtud.» Esto te hubiera dicho, pero la memoria es frágil cuando estalla el volcan de las pasiones; pronto, muy pronto hubieras olvidado el sano consejo del poeta.

Elena no tiene más que quince años; es una hermosa flor solitaria llena de aroma y lozanía, y que arrancará de su tallo una mano imprudente y atrevida. Hija de la Providencia, caminaba una tarde por un bosque con su ramito de oliva en la mano, su hermoso cabello extendido, desnudo el leve pié, vestida con modestia y sencillez y repitiendo de vez en cuando esta frase: «¿Qué será de mí?»

Apercibe un siniestro ruido al través de la profusa enramada; se sobrecoge, mira en su derredor asustada, y se presenta á sus ojos un hermoso mancebo. Elena da un grito y el jóven la dice:

—Nada temas.

Elena le miró y vió que era muy hermoso y que la miraba con una dulce sonrisa.... y no le tuvo miedo.

—¿De dónde vienes, lindísima, zagaleja?

—Del cementerio?

—A qué fuiste al cementerio.

—A rezar á mis padres.

—Eres huérfana de padres?

—Vivo sola en el mundo.

—¿Dónde vás?

—A mi cabaña.

—¿Quién te mantiene?

—La Providencia.

—Pídeme lo que quieras.

—Una limosna.

El jóven la miró de hito en hito, y despues de una breve pausa, respondió:

—Siéntate á mi lado y hablemos un rato.

Elena bajó los ojos y repuso tímidamente:

—No puedo, porque es ya muy tarde.

—Pues llévame á tu cabaña.

—Me han dicho que en mi cabaña no puede entrar ningun hombre.

—Me das ese ramito de oliva que llevas en la mano?

Y Elena sin responder le estuvo mirando, y en seguida contestó:

—Vale muy poco.

—Para mí vale mucho.... dámelo....

Y viendo el jóven el silencio de Elena y que no le daba el ramo, se determinó á cogerle.... Y Elena no opuso resistencia....

—Buenas tardes, caballero, dijo al fin, disponiéndose á partir.

Pero el jóven se interpuso, al mismo tiempo que le asía una mano, más Elena la retiró con violencia, y comenzó á temblar.

—¿Qué temes?

—No lo sé; pero tengo mucho miedo.

Miró al jóven un instante, y despues huyó. El aparecido la siguió, y vió que Elena antes de entrar en su cabaña habia vuelto la cara. El perseguidor lanzó un suspiro satisfactorio y exclamó retirándose:

—Es mia.... sé donde vive.

Este jóven era un cortesano; veraneaba por aquellos contornos; habia salido de la quinta para cazar, y al penetrar en el bosque se habia encontrado á la huérfana, que consideró como una dichosa aparicion.

II.

La fugitiva Elena, despues de haber entrado en su cabaña, se sentó sobre una piedra, y con la mano puesta en la megilla comenzó á pensar.... ¿En quién pensaba? ¿Por qué suspiraba?... Su corazon no estaba tranquilo.

Llegó la noche; la luna brillaba, y Elena se sentó á la puerta de su cabaña. Pasó un pescador y la dijo:

—El cielo te guarde, Elena. Todas las noches cuando paso ¿por qué te sorprende cantando?... ¿Por qué no cantas esta noche?

—Estoy muy triste.

—¿Qué tienes?

—No lo sé.

—Adios, Elena.

Y el pescador se fué, arrojando en su falda una moneda de cobre.

Al cabo de un rato tenia el rostro cubierto con sus dos manos, y veia al jóven que la sorprendió en el bosque. Un ruido de pisadas la sacó de aquel transitorio letargo. Alzó los ojos y vió delante de sí al jóven cazador.

—Buenas noches.

—Dios le guarde, caballero, respondió Elena incorporándose.

Diez minutos despues, Elena se habia vuelto á sentar.

Hablaron... el cazador preguntaba y Elena respondía.

Diez minutos despues, Elena se reia con los chistes del jóven cazador. Dieron las nueve, y Elena se olvidó de rezar á las ánimas y todavía estaba hablando con el cazador.

Cuentan que los aldeanos no volvieron á verla todos los dias en el cementerio, y que se hizo irascible, presumida y envidiosa.

Eduardo se fué á Madrid, y Elena quedó en la cabaña; pero al cabo de algun tiempo tambien ella pasó á la corte, buscó á Eduardo, le encontró, y solo la dirigió una mirada de desden.

Hace algunos dias que repasando la gaceti-lla de un periódico político de la corte, leí lo siguiente:

«Ha sido extraído de las aguas del Canal el cadáver de una preciosa joven que podría tener unos diez y seis años. Se le ha encontrado en el pecho un papel en el cual había escrito: *Adios, Eduardo: me has engañado; lo primero que te llevaste mío fué un ramito de oliva, y despues mi felicidad. No quiero vivir SOLA EN EL MUNDO!*

I. A. Bermejo.

VARIEDADES.

Dos jóvenes militares se paseaban un día por las calles de París y se les ocurrió entrar en la iglesia de la Asuncion. Despues de ver los altares, la arquitectura y los adornos; despues de haber pensado en todo menos en el buen Dios, iban á salir, cuando vieron á un sacerdote que arrodillado cerca de un confesionario parecia esperar á alguno.

—Oye, mira ese cura, dijo riendo uno de los militares á su compañero: ¿qué será lo que hace ahí?

—Tal vez te espera á tí, le respondió el otro.

—Poco probable es, le dijo el primero. Mas, cuánto apuestas á que le voy á hablar?....

—Yo apuesto á que no.

—Más que eso, ¿á que me confieso con él?

—Apuesto á que no.

—Y yo á que sí: ¿qué apostamos?

—Una buena comida.

—¿Con champagne?

—Sí, convenido.

—A la obra, pues. Esperame un poco y mira lo que hago.

Y el joven aturdido avanzó hasta el ministro del Señor y le dijo una palabra al oído. Se levantó el Sacerdote, entró en el confesionario, el oficial se arrodilló á uno de los lados, como se hace en iguales circunstancias.

—No tiene cabeza!.... exclamó el compañero, y con la sonrisa de la admiración sobre los labios se sentó para esperar al penitente improvisado.

Hacia siete ú ocho minutos que duraba la escena. El militar hallaba larga la broma. En fin, despues de un largo cuarto de hora, el joven se levantó, se alejó del confesionario y salió del templo despues de haber hecho una señal á su amigo. Su cara estaba seria y parecia conmovido.... Bromeó con su compañero sobre aquella aventura; pero no quiso decirle lo que le habia detenido tanto tiempo. Con el primer pretexto que le ocurrió le abandonó y se metió en su casa.

Dos días despues volvió á la Asuncion, y despues de orar largo tiempo se aproximó al mismo confesionario, donde el mismo sacerdote acababa de entrar.

Estuvo más de media hora esta vez, y cuando se levantó, gruesas lágrimas rodaban de sus ojos.... La paz, la alegría y la dicha estaban retratadas en su semblante.... Acababa de recibir el perdon de sus faltas.

¿Qué queria decir esto. ...? Escuchad la historia tal como el mismo oficial la contó.

«El sacerdote comprendió á la simple vista, en el tono de su penitente, que no iba á hacer una confesion formal.

—Vos os burlais de mí, caballero, le dijo con dulzura, interrumpiéndole. Estais en el error; no debeis burlaros de las cosas de Dios ni de sus ministros. Pero yo os perdono de todo corazon y pido al Señor que os perdone tambien.

El militar, un poco desconcertado, quiso excusarse.

—No, no, le dijo sonriendo el buen sacerdote; habeis hecho mal, pero no se hable de eso. Solamente, puesto que habeis venido á buscarme, permitidme conversar un poco con vos y preguntaros cuál es vuestra carrera y estado.

—Con mucho gusto, le respondió el joven, yo soy militar.

—¡Ah! ¡bella carrera! y ¿cuál es vuestro grado?

—Soy oficial: acabo de salir de Saint-Cyr.

—Y despues. ¿qué sereis?

—Despues seré teniente.

—Y despues?

—Capitan.

—¿Y despues?

—Luego seré comandante, teniente coronel; despues general.

—¿Y á qué edad llegareis á ese grado?

—Si voy á Africa, á los 40 ó 45 años.

—¿Y no pensais casaros?

—¡Oh, sí! yo me casaré.

—Hé aquí, pues, que sereis general y casado; y despues ¿qué vendreis á ser?

—Despues, despues, por mi fé, no haré nada. Reposaré con mi mujer y mis hijos: no seré nada más; entonces tendré la paz y la dicha.

—¿Y despues?

—¿Cómo despues?

El tono sério del sacerdote dejaba pasmado al joven militar.

—Y bien, me moriré despues.

—¿Y despues?

Un estremecimiento recorrió los miembros del joven. El no habia pensado nunca en ese *despues*.

—No me respondeis nada, le dijo gravemente el confesor; vos ignorais tal vez lo que pasará *despues*. Me habeis dicho lo que sucederá *antes*, yo quiero deciros lo que pasará *despues*.—Despues de vuestra muerte, caballero, vuestra alma comparecerá delante de Jesucristo, será juzgada, no segun la gloria humana que habrá pasado como un sueño, sino segun las buenas ó malas obras. Si habeis sido virtuoso, fiel observador de las leyes de Dios y de la Iglesia, si habeis sido casto, humilde, puro, bueno con el justo; en una palabra, si habeis sido buen cristiano, sereis salvo y entrareis en la inefable dicha de la eternidad. Si, por el contrario, seguisteis vuestras pasiones, si olvidasteis el servicio de Dios, si habeis sido orgulloso, impúdico, negligente, duro con los demás, injusto; en una palabra, si no habeis sido un buen cristiano, sereis condenado. ¿Entendeis, caballero? Por más general, por más sabio que podais haber sido, sereis juzgado por Aquel que no tiene miedo á nadie, y escuchareis su terrible sentencia: Retírate, lejos de mí, maldito, al fuego eterno, que está siempre preparado para los servidores del demonio.

Despues me queda una palabra todavía que deciros.

Vos me habeis faltado gravemente viniendo á burlaros de mí, en mi propia casa. Yo exijo una satisfaccion; vos no la podeis rehusar si sois hombre de honor.

Yo quiero—¿entendeis bien?—yo quiero que durante ocho días, todas las noches antes de acostaros, penseis en lo que acabo de deciros, y que pronuncieis estas palabras: *Yo moriré, pero me burlo; despues de mi muerte seré juzgado, pero me burlo; despues del juicio seré eternamente condenado, pero me burlo tambien.*

Tal es la satisfaccion que elijo. ¿Me dais vuestra palabra de que no faltareis á ella?

El pobre penitente, más cogido en el lazo que una gallina por una zorra, no tuvo ánimo para rehusar el compromiso, y ofreció por su honor hacer lo que se le pedia.

—Marchad, pues, caballero, le dijo el sacerdote, yo os perdono desde lo íntimo de mi corazon, y os prometo no olvidaros delante de Dios.»

Por un sentimiento de honor el militar habia hecho la penitencia impuesta.... No habia podido resistir; y despues de dos días, con el corazon todo cambiado, lleno de un verdadero arrepentimiento, volvió gozoso al confesionario á donde habia ido la primera vez para reirse.

Despues fué un verdadero cristiano.

Si nosotros fuésemos sábios, pensaríamos cada día en la brevedad de la vida, en la inmutable eternidad que nos espera, y bien pronto nos tornaríamos cristianos fervorosos como el joven oficial.

(Traducido del francés).

GRANADA

IMP. Y LIB. DE F. REYES Y HERMANO,
Plaza de Ayuntamiento, 15.

1876.